

## ¿Alguna pregunta?

Faltaban diez minutos de clase cuando apareció el primero. El profesor lo observó por el rabillo del ojo mientras escribía en la pizarra la última edición revisada de la *Divina Comedia*. Era un joven con barba oscura y poblada que se sentó al final del aula con los brazos cruzados y una sonrisa en los labios. Le siguió una pareja que tomó asiento a su lado, y una chica con una coleta rubia que le llegaba hasta la cintura. Ninguno saludó ni pidió permiso para entrar. El profesor terminó de escribir y trató de seguir el hilo de la explicación.

Un minuto después entraron dos chicas con la mochila colgando a la espalda como si la clase acabase de empezar. Le siguió un joven treintañero con boina gris que realizó una leve inclinación de cabeza al entrar. Todos tomaron asiento en la última fila sin mostrar ningún tipo de extrañeza ni un atisbo de duda. No podía estar pasando. El viejo profesor comenzó a sudar debajo de la chaqueta que su mujer le había planchado, como todos los días durante los últimos cuarenta años. Tres chicos más acababan de entrar en el aula y, al no tener asientos libres, optaron por quedarse de pie al fondo. Los alumnos de primero, con su rostro barbilampiño, sus sudaderas de colores y sus peinados modernos, observaban con curiosidad aquel tránsito inusual en una clase de Literatura del Renacimiento.

El profesor tragó saliva y trató de mantener la compostura, aunque su pulso se había acelerado y le faltaba el aire. Empezó a sentirse como uno de los condenados en el último círculo del infierno que despertaba tanta compasión en Dante. Con el dedo índice se aflojó el nudo de la corbata de lunares amarillos. Reconoció algunas caras entre el público, lo que significaba que sus peores pronósticos se estaban cumpliendo. Continuó hablando de la subida de Dante al monte Purgatorio, en la que tuvo que ser ayudado por Virgilio. Notaba todos aquellos ojos sobre él, que nunca había logrado quitarse la timidez a pesar de los años de docencia. Las manos empezaron a temblarle como el primer día que se subió a la tarima como un joven becario de investigación de una tesis sobre la *Divina Comedia*. Formó parte de las primeras promociones que se graduaron en Filología Hispánica en la universidad de Córdoba y años después volvió para trabajar como profesor. Todavía recordaba los nervios agarrándole el estómago antes de entrar en el aula, las miradas expectantes de los estudiantes desde los pupitres, la emoción al hablar de

Dante por primera vez a un grupo de alumnos como aquellos.

Los minutos seguían corriendo y no paraba de entrar gente en el aula. Cada vez había más personas mirándolo sin decir nada, como si fuese lo más importante que ocurriese en la facultad aquel jueves caluroso de mayo. Pensó en los miles de alumnos que habían pasado por sus clases en ese tiempo, en las horas de tutoría, las conversaciones en el pasillo, las preguntas que le hacían plantearse nuevas cuestiones. Los años no le habían quitado su carácter introvertido pero tampoco la pasión que desprendía al hablar de su poeta italiano favorito. Era una fascinación que le acompañaba desde que era estudiante y leía los poemas de *La vida nueva* sentado en las escaleras de la facultad. Por eso no se cansaba de explicar una y otra vez a los alumnos que eran ellos los que realizaban el viaje a través del infierno guiados por Virgilio. Que eran ellos los que lloraban la temprana muerte de Beatrice, los que se encontraban perdidos en mitad del camino y tenían que atravesar la columna de fuego para encontrarse con su amada y llegar al Paraíso.

Para entonces, el aula estaba llena de espectadores que lo observaban con atención. Reconoció a Fernando, su compañero de despacho, a Sara, a la que había dejado un libro la semana anterior, a Natalia, de la limpieza, y a Ramón, al que había hecho una carta de recomendación. Estaban algunos doctorandos y el grupo de estudiantes que le habían pedido ayuda para leer a Dante en italiano. Le entró el pánico al ver que uno de ellos sujetaba un bulto envuelto en papel entre las manos. Incluso Rafa, el conserje con el que tantos cafés había tomado, estaba allí pegado a la pared. ¿Cómo se habían enterado? No se lo había dicho a nadie. Esa mañana había entrado en su despacho a primera hora como un día normal, tratando de no levantar sospechas. Había revisado un artículo que iba a enviar a una revista, había devuelto un par de libros a la biblioteca y a media mañana desayunó su barrita con tomate antes de dirigirse a clase.

Pensó en alguna forma de escapar del aula, pero tenía pocas opciones. Tal vez, si era lo suficientemente rápido, podría salir antes de que se lo impidieran. Si conseguía recoger sus cosas sin que se dieran cuenta, podría marcharse. Pero antes tenía que acabar la lección. Carraspeó y pronunció la frase con la que acababa todas sus lecciones.

—¿Alguna pregunta?

Hubo un silencio expectante. Todos los ojos estaban centrados en él. Algunas caras de los de primero sonreían, otros miraban a su alrededor con curiosidad, sin entender lo que pasaba. Para entonces, ya no cabían más alumnos y ocupaban la entrada del aula y el pasillo. Anunció que había sido un placer, que aquella era su última clase y se sentía muy afortunado de haber sido su profesor. Se despidió intentando ocultar el temblor de su voz

y cogió el maletín. Fue consciente de que nunca más volvería a hablar sobre Dante subido a aquella tarima, que no volvería a entrar en el aula como profesor.

A pesar de que agachó la cabeza y trató de abrirse camino entre la multitud, no le dejaron escapar. En cuanto terminó de hablar, una salva de aplausos fue la respuesta a todos sus años de docente.

*Pseudónimo: Septiembre*